

Lo que uno mismo merece

No. 3506

“Os aborreceréis a vosotros mismos a la vista de vuestras iniquidades y abominaciones.”

Ezequiel 36:31 (LBLA)¹

Se ha supuesto por aquellos que no conocen por experiencia que si a un hombre se le persuade de que está perdonado y que es hijo de Dios, necesariamente se enorgullecerá de la distinción que Dios le ha conferido. Especialmente si es un creyente en la predestinación, cuando descubre que es uno de los elegidos de Dios, se supone que la consecuencia necesaria será que se enorgullecerá mucho y pensará muy bien de sí mismo. Sin embargo, esto es solo teoría; el hecho va en otra dirección; porque si un hombre está verdaderamente sometido a la obra de la gracia en el corazón, y si luego llega a confiar en Jesús y a ver que su pecado es eliminado por el gran sacrificio, en lugar de enaltecerse, se sentirá sumamente abatido a la vista de sí mismo, y a medida que perciba la singular misericordia y los privilegios particulares que la gracia de Dios le ha concedido, en lugar de ser exaltado, se hundirá más y más en su propia estima, hasta que, cuando haga un descubrimiento completo del amor divino, se convertirá en nada y Cristo será todo en todo. La misericordia nunca nos hace orgullosos. Como se da a los humildes, tiene un efecto humillante. Dondequiera que llega, hace que un hombre se prostra ante el trono de la gracia celestial y lo lleva a atribuir todo honor y gloria al Dios de quien proviene la misericordia.

Parece de nuestro texto que cuando a Israel se le perdona por sus largos años de alejamiento de Dios, uno de los efectos de la misericordia será que se aborrecerá a

¹ **LBLA** (Siglas de la Biblia de las Américas) – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no usamos LBLA, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al lenguaje de la KJV.

sí misma, y ese mismo efecto ya se ha producido en algunos de nosotros, a quienes ha llegado la abundante misericordia de Dios. De hecho, en cada hombre aquí que ha probado que el Señor es amable, ha habido una experiencia

uniforme en este asunto: hemos llegado a aborrecernos a nosotros mismos a la vista de todo el pecado que hemos cometido delante del Señor nuestro Dios. Intentaré abordar este asunto, confiando en ser guiado correctamente para expresar palabras apropiadas y útiles en este momento.

Primero, hermanos míos, ¿qué es lo que hemos llegado a aborrecer en nosotros mismos?; en segundo lugar, ¿por qué lo aborrecemos?; y en tercer lugar, ¿cuál es el resultado necesario en nosotros, o debería ser, de este auto aborrecimiento? Primero, entonces:

I. ¿QUÉ ES LO QUE EL PECADOR PERDONADO ABORRECE?

Notarás que él es un pecador perdonado. El verso se inserta aquí en una posición donde claramente pertenece a aquellos a quienes Dios ha renovado en el corazón, cuyos pecados han sido perdonados, que están completamente justificados y aceptados. Es consistente con el pleno gozo de la salvación aborrecerse a uno mismo. Esta es la extraña paradoja de la fe cristiana. El que se justifica a sí mismo está condenado, el que se condena a sí mismo es justificado. Aquel que se engrandece a sí mismo, Dios lo derriba y despedaza; aquel que se postra ante el trono de la justicia de Dios, es él a quien Dios levanta en el tiempo debido. ¿Qué es entonces lo que aborrecemos en nosotros mismos hoy?

Nuestra respuesta es, en primer lugar, aborrecemos cada acto de nuestro pasado pecado. Miren hacia atrás, ustedes que han sido llevados a Jesús; miren hacia atrás en el pasado. Sus vidas han sido diferentes. Algunos aquí, por la misericordia de Dios, han sido guardados de pecados externos graves antes de su conversión; otros han caído desenfrenadamente en ellos en gran exceso de desenfreno. Sea cual sea nuestro camino antes de la conversión, ahora detestamos sinceramente todo el pecado de ello, ya sea el pecado abierto o el pecado del corazón. Especialmente aborrecemos esta noche esos pecados que excusamos en su momento (que excusamos después) porque decíamos: "Otros lo hicieron", porque no podíamos ver que causáramos daño a nuestros semejantes de esa manera. Los aborrecemos porque, si no se relacionaban con el hombre sino solo con Dios, era más vicioso de nuestra parte rebelarnos completamente contra él. "Contra ti, contra ti solo he

pecado" es parte de la amargura de nuestra confesión esta noche. Había algunos pecados que nos resultaban dulces en ese momento: los rodamos bajo nuestra lengua, aunque fueran venenosos, y los llamamos bocados dulces. Nos rebelaríamos contra ellos esta noche con aborrecimiento. ¡Váyanse, pecados condenables! Por tu misma dulzura hacia mí, te detecto. Tonto he debido ser para que algo como tú pudiera resultarme dulce. ¡Qué ojos debí tener para haber visto alguna belleza en ti! ¡Cuán alejado de Dios estaba para amar cosas tan repugnantes y viles! Recordaríamos esta noche esos pecados más grandes de nuestra vida, pecados tal vez que enredaron a otros, pecados que perpetrábamos a pesar del conocimiento, después de muchas advertencias, pecados desesperados, atroces. ¡Oh, qué misericordia que no fuimos derribados mientras vivíamos en ellos! Los repasamos y los recordamos, no, confío, como algunos lo hacen, temo, cuando hablan de sus vidas pasadas, como si estuvieran hablando de sus batallas y fueran viejos soldados; nunca menciones tus pecados sin lágrimas. No escribas mucho sobre ellos, si es que lo haces; es mejor hacer con ellos como los hijos de Noé hicieron con la desnudez de su padre, retrocede y echa un manto sobre todo. Dios los ha perdonado. Recuérdales solo para arrepentirte y bendecir su nombre, pero nunca los menciones sin aborrecerlos, odiarlos por completo como si fueran repugnantes para tu espíritu y no pudieras hablar de ellos sin que el rubor te suba a las mejillas.

Hermanos míos, además de aborrecer cada acto de pecado, creo que puedo esperar, si nuestras acciones son correctas, que, mediante la misericordia de Dios, aborrezcamos todos los pecados de omisión. Lo expresaré de esta manera. El tiempo que desperdiciamos antes de nuestra conversión. Tal vez algunos de ustedes no fueron llevados a Cristo hasta los treinta, cuarenta o cincuenta años de edad. Es una circunstancia muy, muy feliz ser salvado mientras aún eres joven, un motivo para agradecimiento eterno, pero pensemos en el tiempo que desperdiciamos, tiempo precioso en el cual podríamos haber servido a Dios, tiempo en el cual podríamos haber aprendido más acerca de Él, estudiado su Palabra y haber-nos hecho más aptos para ser utilizados por Él en los años posteriores. ¡Cuánto de nuestro tiempo se desperdició! Especialmente aborrecería los domingos desperdiciados. Algunos de nosotros los desperdiciamos en casa en la ociosidad; algunos los desperdiciaron en compañía fuera; otros los desperdiciamos en la casa de Dios. Me aborrecería a mí mismo por haber

desperdiciado domingos, bajo sermones, escuchando como si no escuchara, uniéndome a las devociones en la postura y no en el corazón. Y, ¿qué es esto sino quebrantar el día de reposo bajo la apariencia misma de guardarlo, pensando en otros pensamientos y preocupándonos por otras cosas mientras se proclamaban asuntos eternos en mi audición? ¡Oh! Aborrezcámonos al pensar que incluso veinte años podrían haberse ido a la basura, mucho más treinta, cuarenta o cincuenta años, incluso sesenta, podrían haberse dejado pasar, llevando consigo nada más que una carga de pecado, llevando nada al trono de Dios que desearíamos recordar allí. Aquellos de nosotros que hemos sido convertidos a Dios aborreceríamos esta noche cada negativa que le dimos a Cristo en aquellos días de nuestra no regeneración. ¿Recuerdas, hermano en Cristo, esos primeros golpes a la puerta de tu corazón por palabras tiernas de una madre, o tal vez un padre, o tal vez un maestro de la escuela dominical, o tal vez alguien querido que ahora está en la gloria? ¡Oh! Que alguna vez haya rechazado al Salvador, ¡si tan solo se hubiera presentado ante mí aunque fuera una vez! Infatuación que no puede excusarse, cerrar el corazón incluso contra uno de estos. ¡Pero muchas veces! Algunos de nosotros estábamos en circunstancias muy favorables. Las lágrimas de nuestra madre caían gruesas y rápidas por nosotros cuando éramos niños. Ella oraría con nosotros; cuando leíamos las Escrituras con ella, nos hablaba. Sus palabras eran muy fieles, muy tiernas, y su hijo no

podía evitar sentir las, pero tercamente apartaba las lágrimas y aún olvidaba al Dios de su madre. Luego, sabes que muchos de nosotros, las súplicas de nuestra juventud se convirtieron en las instrucciones de nuestros años más maduros. ¿No recuerdas muchos sermones bajo los cuales Cristo ha golpeado con su mano perforada a la puerta de tu corazón? Los que están aquí de vez en cuando, sé que el Señor no los deja sin algún esfuerzo de corazón; al menos, espero que no. Ruego al Maestro que me ayude a expresar la palabra de tal manera que los perturbe y no les permita hacer un nido en sus pecados, pero hasta ahora han dicho "No" a Cristo y lo han evitado, incluso hasta ahora. En cuanto a aquellos que ahora están salvados, estoy seguro de que tienen entre sus dolores más amargos de arrepentimiento este, que alguna vez en algún momento y que muchas veces y muchas veces más le hayan dicho al Salvador: "Apártate de mí; no te conoceré, ni deseo tu salvación". Y si, hermanos míos, además de haber rechazado a Cristo, hemos chocado realmente con él al establecer nuestra propia estimación farisaica

de nosotros mismos, deberíamos aborrecernos esta noche. Dijimos en nuestro corazón: "Soy lo suficientemente bueno". Las ropas sucias de nuestra propia justicia se han atrevido a compararse con el blanco lino puro de la justicia de Cristo. Pensamos que podríamos quitar nuestros propios pecados por algún método propio, y esa cruz, que es la maravilla del cielo y el terror del infierno, es menospreciada hasta pensar que podríamos prescindir de ella. Podríamos aborrecernos bien por esto, aunque nunca hubiéramos cometido ninguna otra transgresión que esta. ¡Oh, orgullo inmundo, oh, orgullo vil y repugnante que puede hacer que un pecador piense que puede prescindir de un Salvador, e imaginar tan presuntuosamente que Cristo fue más de lo necesario, y la cruz fue una obra de supererogación!

¿Alguno de nosotros fue más allá de esto? ¿Y cometimos actos de persecución contra Cristo y su pueblo? Tal vez algunos de ustedes lo hicieron, y ahora son siervos suyos. Te burlaste de esa mujer cristiana; ahora te arrodillarías si pudieras encontrarla, para pedir

mil perdones, ahora que sabes que es una hija de Dios. Actuaste muy duramente y severamente hacia alguien que era un verdadero amante del Salvador. Tal vez pronunciaste palabras injuriosas o hiciste algo peor. Así como Cranmer metió la mano en el fuego y dijo: "¡Oh! Mano derecha indigna", porque había escrito una retractación de Cristo y su verdad años antes. Estoy seguro de que lo dirías ahora si has escrito una palabra desagradable o dicho una palabra poco generosa sobre un creyente en Cristo. ¡Y oh! Si alguna vez has blasfemado abiertamente, sé que te aborreces a ti mismo, estando aquí esta noche, al pensar que esos labios una vez maldecían a Dios y, al unírte a la reunión de oración con tus oraciones, al pensar que esos labios una vez imprecaban maldiciones sobre tus semejantes. Sé que tu sentimiento debe ser de una profunda postración del espíritu. Y aunque no hayamos llegado tan lejos, sentimos, como tú, que nos aborrecemos por nuestras iniquidades y abominaciones. Así podría seguir hablando a vuestros corazones, pero confío, hermanos míos, que será innecesario hacerlo, porque ya se aborrecen a sí mismos por sus pecados.

Permíteme concluir esta primera parte del tema señalando simplemente que hay personas aquí que, si el Señor las convirtiera alguna vez, siempre tendrían un fuerte aborrecimiento de sí mismas. Me refiero, en primer lugar, a los hipócritas. Siempre ha habido algunos en esta iglesia, nunca ha habido una iglesia sin ellos.

Vienen a la mesa de la comunión y, sin embargo, no tienen parte ni parte en el asunto. Sabemos de algunos que han estado aquí domingo tras domingo, y son habituales bebedores, no descubiertos por nosotros, que se infiltran en las asambleas de los fieles y, al mismo tiempo, se burlan y se burlan de nuestra santa religión. ¡Oh! Si alguna vez son salvos, ¡cuántas angustias tendrán! ¡Cómo se odiarán a sí mismos! No diré una palabra dura acerca de ustedes, pero ruego a la gracia de Dios que les haga sentir muchas cosas duras acerca de ustedes mismos, y mientras miran hacia el querido rostro del crucificado y encuentran perdón allí, después, que se cubran el rostro con vergüenza y lloren al pensar en la misericordia que han encontrado. Del mismo modo, aquellos que una vez profesaron a Cristo y se han alejado por completo, pueden estar aquí. No me sorprendería si en este auditorio hay algunos que solían ser personas religiosas, que aparentaban y corrían bien. Ahora, durante años, han descuidado la oración. Esa mujer, una vez miembro de la iglesia, se casó con un esposo impío, y desde entonces ha tenido muchos días amargos, y esta noche ha venido por aquí. ¡Ah! Mujer, que Dios te traiga de vuelta y te aborrezcas a ti misma por haber abandonado a Cristo por el amor de un hombre moribundo. Y otros que han ingresado al mundo para comerciar los domingos o por algún tipo de ganancia, abandonando a Cristo, como Judas, quien lo traicionó por treinta piezas de plata. ¡Oh! Si alguna vez son salvos, se odiarán a sí mismos. Estoy seguro de que este será su clamor dentro de ustedes mismos: "Salvador, me has perdonado, pero nunca me perdonaré a mí mismo; has borrado mis pecados como una nube, pero siempre los recordaré, y me postraré muy bajo a tus pies con todas mis alabanzas mientras pienso en lo que has hecho por mí". Sí, y tú allí tienes a un ser querido que es un perseguidor, un blasfemo, un opositor del evangelio, un incrédulo; que puedas convertirte en uno de esos que se aborrecerán abundantemente cuando prueben la rica y libre misericordia de Dios. Así he expuesto lo que es que un hombre se aborrezca a sí mismo; pero permíteme señalar que no es solo sus acciones lo que aborrece, sino a sí mismo, al pensar que podría hacer tales cosas. Aborrece la fuente al pensar que podría producir tal corriente; aborrece su propia naturaleza malvada, la profunda corrupción y depravación de su corazón, al pensar que podría ser tan ingrato y tratar al Señor de la misericordia de una manera tan degenerada. Pero ahora debemos pasar a la segunda parte del tema.

II. ¿CÓMO Y POR QUÉ LOS ALMAS PERDONADAS SE ABORRECEN A SÍ MISMAS?

Primero, la respuesta. Su naturaleza ha cambiado. Dios, en la conversión, nos hace nuevos seres. No somos alterados, mejorados ni reparados, sino que se nos da una nueva vida; nos convertimos en nuevas creaciones en Cristo Jesús. Es obra del Espíritu Santo hacernos nacer de nuevo, y así como lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu, y odia la vieja naturaleza corrupta, la aborrece y lucha contra ella hasta la muerte. Y además, la causa motivadora para aborrecernos a nosotros mismos es la recepción de la misericordia divina. "¡Oh!" dice el alma cuando se encuentra perdonada, "¿me rebelé contra un Dios como este? ¿Qué! ¿Ha borrado todos mis pecados del registro, los ha arrojado todos detrás de su espalda y declara que aún me ama? Entonces, ¡miserable de mí que me haya sublevado y rebelado contra un Dios como este!" Es justo como lo describe John Bunyan. Hay una ciudad asediada, y determinan que lucharán hasta el final. Harán que cada calle corra con sangre, pero lo sostendrán contra el rey que reclama la ciudad para sí mismo; pero cuando sus tropas avanzan y forman sus filas alrededor de la ciudad, y todo está rodeado, suena la trompeta para una conferencia, y el mensajero se adelanta con la bandera blanca, y descubren con sorpresa que las condiciones ofrecidas son tan honorables, tan generosas, tan ventajosas para ellos, que el rey parece no ser su enemigo en absoluto, sino, de hecho, ser su mejor amigo. Ampliará sus libertades mucho más de lo que eran. Embellecerá su ciudad, que antes era modesta. Vendrá y morará en ella; la convertirá en la metrópoli del país; le dará mercados; le dará todo lo que necesitaba. "¿Por qué?", dice John Bunyan, "mientras antes iban a fortificar las murallas y morir hasta el último hombre, ahora abren las puertas de par en par y están listos para derrumbarse sobre las murallas hacia él, tan contentos de encontrar que los trata tan generosamente". Y así es con nosotros cuando descubrimos que Él borra nuestro pecado, que Él es todo amor y toda compasión, nos rendimos a Él de inmediato, y luego viene la vergüenza, al pensar que alguna vez fue necesario rendirnos, que alguna vez deberíamos haber tomado las armas en su contra. Es un hermoso incidente en la historia de Inglaterra cuando uno de nuestros reyes llevaba a por que cabo una guerra contra su hijo rebelde y se encontraron en batalla, y el hijo estaba a punto de matar al padre, cuando se levantó la visera del padre y vio que era su propio padre a quien estaba a punto de

matar. Así que el pecador, luchando contra su Dios, piensa que Él es su enemigo, pero de repente ve que es su propio Padre contra quien ha estado luchando, y suelta el arma de su rebelión, sintiéndose avergonzado de haberse rebelado contra tanta misericordia y favor. Por eso nos avergonzamos, y oro para que algunos aquí también se avergüencen de la misma manera, porque creo que escucho a Jehová lamentándose esta noche. "Oíd, cielos, y escucha, tierra; yo he criado y alimentado hijos, y ellos se han rebelado contra mí. El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no lo sabe, mi pueblo no lo considera". Tu Dios es bueno, prepárate para arrepentirte y ser perdonado; no te rebeles más.

Ahora, después de que la recepción de la misericordia divina ha generado este sentimiento, el sentimiento se mantiene y se promueve por todo lo que nos sucede. Por ejemplo, cada doctrina que un hombre cristiano aprende después de convertirse lo hace aborrecerse a sí mismo. Supongamos que aprende la doctrina de la elección. "¿Qué!" dice él, "¿fui elegido por Dios desde antes de la fundación del mundo y fui tras la inmundicia y la impureza con este cuerpo? ¿Fui deshonesto y mentiroso, y sin embargo amado por Dios antes de que las estrellas comenzaran a brillar?" Esa doctrina hace que un hombre se aborrezca a sí mismo. Luego aprende la doctrina de la redención, y lee: "Estos son los redimidos de entre los hombres", una redención especial y particular. ¿Entonces Jesús murió por mí, como no murió por todos? ¿Tuvo un ojo especial en mí en ese sacrificio de sí mismo en la cruz? ¡Oh! entonces golpearé mi pecho al pensar que alguna vez haya tenido un corazón tan duro hacia un Salvador que me amó así. No hay doctrina que, cuando el corazón la aprende, el espíritu no se incline con profunda vergüenza al pensar que alguna vez se rebeló. Lo mismo ocurre con cada nueva misericordia que el cristiano disfruta.

Seguramente se despierta cada mañana con una nueva misericordia, pero especialmente en momentos peculiares cuando nuestras oraciones han sido escuchadas, cuando hemos sido rescatados de una profunda angustia, levantamos nuestros ojos al cielo y bendecimos a Dios por todos sus favores hacia nosotros, y decimos: "¿Y puede ser que alguna vez haya sido un rebelde, en armas contra un Dios como tú? Mi Dios, mi Padre, ¿alguna vez blasfemé tu nombre? ¿Alguna vez leí tu Libro como un libro común? ¿Alguna vez descuidé tu misericordia, Salvador? Entonces, vergüenza de mí cuando siempre has sido tan bueno, tan amable conmigo". Y a medida que el cristiano crece en gracia y asciende a plataformas más

elevadas de experiencia, este aborrecimiento de sí mismo se profundiza cuando el espíritu le da testimonio de que es un hijo de Dios. Cuando se levanta como un hijo para sentir que es un heredero, y que, siendo un heredero, reclama su herencia para sentarse con Cristo en los lugares celestiales, cuanto más ve de la maravillosa bondad de Dios hacia él, más mira hacia atrás a su vida pasada y a la depravación del corazón interior, y dice: "Vergüenza sobre tu cabeza; cubre tu rostro con confusión; silénciame delante de ti, oh! Altísimo, al pensar que después de tanta misericordia como esta debería haber permanecido tan ingrato contigo". Y supongo que mientras el cristiano viva, y cuanto más avance en la gracia de Dios, más profundo será su desprecio hacia sí mismo; siempre será así hasta que, cuando llegue a las puertas del cielo, entre todas sus alegrías y el creciente sentido del favor divino, habrá un sentido aún más profundo de arrepentimiento por todas las transgresiones de su corazón.

Y ahora necesitaré su atención aún unos momentos más mientras me detengo en el tercer y último punto. Cuando un alma es así hecha para aborrecerse a sí misma:

III. ¿QUÉ SIGUE?

Bueno, en primer lugar, sigue la desconfianza en uno mismo. Un hombre que recuerda lo que ha sido y tiene un sentido adecuado de cuál fue su pecado nunca volverá a confiar en sí mismo. Pensó en un momento que podría resistir el pecado; imaginó que le sería posible luchar contra la iniquidad y, mediante la perseverancia diaria, hacer algo de sí mismo. Ahora ha caído tantas veces, ha demostrado tan completamente su propia debilidad, que todo lo que puede hacer ahora es mirar hacia arriba a Dios y pedir fuerza desde lo alto. No puede, de ninguna manera, confiar en sí mismo; su propia debilidad está tan completamente demostrada. Un hombre que sabe lo que solía ser es consciente de cuál era su antiguo estado y de ninguna manera confiará en su propia fuerza ni por una hora. "No nos dejes caer en tentación" será su oración constante, y "Líbranos del mal" la seguirá de cerca. Cuando veo a un hombre entrar en compañía pecaminosa, a un profesor cristiano acercarse al borde del pecado y decir: "No caeré, puedo cuidar de mí mismo", estoy bastante seguro de que la experiencia de ese hombre es muy débil y que es una cuestión muy seria si alguna vez fue perdonado y probó la gracia divina; porque si lo hubiera hecho, habría sabido lo que era aborrecerse a sí mismo mucho más y desconfiar más de sí mismo.

El siguiente resultado en un hombre será que ya no se servirá a sí mismo. Antes, podría haber vivido para su propia honra, pero ahora tiene una tan baja estima de sí mismo que debe tener un objetivo diferente. ¿Pasarme la vida buscando mi propia honra y gloria? "No", dice él, "no soy digno de ello. ¡Yo, que podría blasfemar el cielo, o podría vivir tanto tiempo como enemigo de Dios! ¿Servir a un monstruo como yo mismo? ¡No! Por la gracia de Dios, lo serviré a Él que ha cambiado mi naturaleza, perdonado mi pecado y me ha hecho ser una nueva criatura en Cristo Jesús. El aborrecimiento de sí mismo seguramente llevará a un hombre a tener un mejor propósito que el de buscar honrarse a sí mismo".

Y luego, un hombre que alguna vez se ha aborrecido a sí mismo nunca aborrecerá a sus semejantes. Estará libre de ese orgullo que se encuentra en muchos, que los descalifica para el servicio cristiano porque no conocen los corazones de los pecadores y no entran en comunión con ellos. He conocido a algunos que imaginan que debería haber una gran distancia entre ellos y lo que llaman gente común; que hablan del pecado como si fuera algo extraño, en lo que no participaron, elevándose por encima de la gente ordinaria. ¡Oh! Conocemos a algunos que despreciarían a la prostituta y mirarían con desdén a un hombre cuyo carácter ha sido destruido una vez, y piensan que nunca se le debería dirigir la palabra de nuevo. El cristiano se aborrece a sí mismo por no haber tenido compasión de los demás. Sabe cuán fácilmente podrían haber ido por el mismo camino; cuán fácilmente, también, podría haber caído, incluso hasta la misma medida, si las circunstancias hubieran sido las mismas para él que para ellos, y, en la medida de lo posible, busca elevarlos. El hombre que es como debería ser, mete el brazo hasta el codo en cada charco para sacar una de las joyas preciosas de Dios. Se ha quitado los guantes de niño de la autosuficiencia, así que trabaja como un verdadero obrero. Sabe lo que Cristo ha hecho por él, cómo Jesús derramó su propia sangre por su redención, y siente que no puede hacer lo suficiente, si de alguna manera puede salvar a un solo tizón del fuego. Hermanos, es bueno aborrecernos a nosotros mismos, porque nos hace tener simpatía por los demás.

Y aún una vez más, este aborrecimiento de uno mismo en todos los casos en que se presenta hace que Jesucristo sea muy precioso y que el pecado sea muy detestable. Cualquiera que se haya aborrecido a sí mismo ve cuán grande ha sido Jesucristo como Salvador, y lo admira y lo adora. Sabes que mides la altura del amor del Salvador por la profundidad de tu propia caída. Si no sabes nada acerca

de tu ruina, es probable que no aprecies mucho el remedio. Un hombre que tiene una enfermedad desesperada y es tratado por el médico, si no sabe cuál es la enfermedad, no podrá sentir la medida de gratitud, incluso si es sanado, que tendría otro

hombre que sabía lo fatal que era la enfermedad en sí misma. Si pienso que no soy pobre, si se me ayuda, no tendré esa gratitud que tendría un declarado en quiebra si no le quedara nada, a quien alguien le hubiera dado generosamente una gran propiedad. ¡No! Un sentido de necesidad nos ayuda a glorificar a Dios. Entre los santos, y cuando están en la tierra, las voces más dulces son las que han sido endulzadas por el arrepentimiento. Entre aquellos que cantan en el cielo, y cantan con la alabanza más dulce y elevada a Dios, están aquellos que bendicen la gracia que los levantó del horrible hoyo y del barro pegajoso, y puso sus pies sobre una roca y estableció sus pasos. Esta bendita vergüenza, que Cristo nos da, no debe evitarse; que la tengamos más y más, y será una preparación adecuada para el servicio de Dios en la tierra y el gozo de su presencia en el cielo.

Y ahora, queridos amigos, será un momento muy apropiado para que cada cristiano simplemente mire hacia atrás y deje que su vergüenza por muchas cosas se refleje en sus mejillas. ¡Oh! ¡cuánto poco progreso hemos hecho en la vida divina a lo largo de los años! Llamamos a cada año "un año de gracia", pero podríamos llamarlo un año de tristeza. "El año de nuestro Señor", ¡eso lo llamamos! Con demasiada frecuencia lo convertimos en el Año de nosotros mismos. ¡Dios nos guarde por no vivir para él, trabajar más por él y crecer más como él! Cerremos cada año con arrepentimiento, no porque el pecado permanezca, porque, gracias a Dios, todo está perdonado, estamos salvos. Antes de que se cometiera el pecado, Cristo lo llevó al sepulcro donde fue enterrado; él lo arrojó allí; no puede ser imputado contra nosotros para condenarnos, ¡pero lo odiamos, y aún nos aborrecemos a nosotros mismos al pensar que hemos caído en él! Pero ¿no sería esta también una oportunidad admirable para mostrar cuánto odiamos el pecado buscando llevar a otros a Cristo? Presta atención a otras almas. Como valoras la tuya, busca la conversión de los demás, y Dios permita que puedas llevar a muchos a Jesús.

Y ustedes que no están salvos, ¡oh! No dejen pasar esta ocasión, no dejen que los días pasen sin buscar esa misericordia que Dios da tan plenamente a través de su Hijo unigénito. Entonces, cuando lo reciban, se avergonzarán, y también

magnificarán la gracia que los perdonó incluso a ustedes. Dios los bendiga, queridos amigos, muy ricamente, por amor a Jesús. Amén.

www.SpurgeonGems.org

Traducción en español 2024 por Daniel garcia.